



EL PAPA Y LOS JOVENES

EL PAPA Y LOS JOVENES

Equipo de Servicios de la Juventud





EL PAPA Y LOS JOVENES

EQUIPO ESEJ

Con las debidas licencias

Serie Alegría N° 4 "EL PAPA Y LOS JOVENES"

Derechos reservados. Inscripción N° 45.401

Equipo de Servicios de la Juventud (ESEJ)

Santa Rosa 1161, Casilla 7550 - Santiago.

A la juventud de Chile

“La juventud no tiene miedo de las cosas grandes; en cambio tiene miedo a las malas y mediocres. Es la edad apta para los grandes ideales”.

“Es un tesoro que no se debe malgastar”.

“Es una suerte ser jóvenes, inocentes y puros. Quien dice juventud, dice vigor, sinceridad, alegría”.

“Los jóvenes buscan la hermosura: María Santísima es la síntesis de la belleza”.

“Ellos buscan la grandeza, la alegría, el amor: María Santísima satisface estas tendencias”.

“Las asechanzas de la juventud operan a través de una visión hedonista y materialista de la vida”.

“Hay que mirar la edad juvenil no como crisis sino como el tiempo de fascinación instintiva por la libertad, que merece respeto, debe ser encaminada a la formación de la familia, a la participación en el quehacer de la sociedad”.

“La Iglesia mira a los jóvenes con confianza y los ama como un viejo árbol ama la primavera”.

Muchos de estos pensamientos están sembrados en este folleto que quiere ser voz de aliento y de fuego para nuestras juventudes cristianas; todos ellos son frases caídas de labios de Pablo VI que personalmente he recogido escuchando sus homilias y discursos.

Con razón pudo decir el Papa una vez: “Cuánto nos gustaría estar siempre rodeado por la juventud. A ella están ligados los mejores recuerdos de nuestra vida y de nuestro ministerio”.

El se presenta a los jóvenes en nombre de una común juventud: “la nuestra —de los jóvenes— la de la edad, la de las generaciones nuevas, la de los tiempos nuevos, la que tiene los ojos fijos en el porvenir como en su reino, la fuente de sus esperanzas y energías; la nuestra —la del Papa—, la de las verdades y de los estímulos que nunca envejecen y que encierran el deber y el secreto de la actualidad, el empuje del amor” (23 julio 1973).

El Papa ama a los jóvenes. Amen los jóvenes al Papa. Que las páginas de esta obrita lo consigan.

Sótero Sanz - Nuncio Apostólico.

A través de una vida

Un gesto no hace una persona, ni un hecho aislado la puede definir. Hablar del Papa Pablo VI y su íntima relación con los jóvenes no se improvisa transcribiendo del L'Obsservatore Romano una de sus intervenciones sobre este tema.

Si bien es cierto, la presentación de todos los mensajes y alocuciones que ha dirigido a la juventud, durante el período de su Pontificado, nos darían un abundante y hermoso material.

Encontramos que la vida entera de Juan Bautista Montini ha estado al servicio y en relación con los jóvenes. Por sus grandes habilidades como Pastor Juvenil; ya en 1924, es nombrado Asesor del Círculo Romano para Universitarios Católicos. Luego, en 1925, el Papa de la Acción Católica, Pío XI lo nombra Asesor Nacional de la Federación Universitaria Católica Italiana.

En esos años, trabajando en la Secretaría de Estado, su contacto con los universitarios es tan continuo, que a menudo llegaban hasta la oficina del Vaticano en busca de él. Esto constituyó un hecho tan común y frecuente que los guardias suizos se acostumbraron a este tipo de visita.

Con los de la Federación realizó trabajos sociales entre las poblaciones más pobres de los alrededores de Roma.

Los años de la guerra provocaron una serie de catástrofes y calamidades. Pero, uno de los problemas que más angustió, al entonces Secretario de Estado de Su Santidad Pío XII, fueron los niños sin hogar. Los hijos de la guerra de quienes él personalmente se preocupó.

En Milán, como Arzobispo, llama a los jóvenes a colaborar activamente en la Gran Misión de 1957. Anima los Círculos Universitarios. Favorece los grupos de Acción Católica. Además, se interesa por los jóvenes en situación irregular ofreciéndoles soluciones extraordinarias.

Siempre ha sido un verdadero y gran amigo de la juventud.

Escribir sobre el tema Pablo VI y los jóvenes es hacer referencia a su vida entera de sacerdote; a miles de gestos de amistad y de presencia. A una actitud permanente de interés por su felicidad plena.

I. Una preocupación

En medio de la muchedumbre, que se aglomera en la Plaza de San Pedro para recibir su bendición: *la presencia de los jóvenes*. Los ve. Descubre sus rostros. A veces, repletan la Basílica y con sus canciones hacen que el Papa Pablo VI se sienta joven como ellos.

Llegan desde lejos en peregrinaciones. Descansan allá, en medio de las columnas del Bernini. Sus banderas, sus danzas expresan un cristianismo de esperanza y alegría.

El cable y los teletipos le informan de la situación del mundo. De los acontecimientos más importantes que a diario conmueven cada país. El Papa es un vigía que permanentemente observa el devenir de la humanidad. Entre ese mar de informaciones su atención converge hacia ellos, los jóvenes. Allí están y sus rostros asoman en las radiofotos.

Son los hijos de una sociedad que por la velocidad de los cambios y transformaciones que la agitan no logra encontrarse a sí misma. De esa humanidad que duda muchas veces de los valores auténticos que deben orientarla.

En la tranquilidad y silencio de los jardines del Vaticano, o adentrándose en la noche sumergido en sus pensamientos, el Papa se preocupa por entregar ese mensaje de vida, que sea capaz de transformar esa sociedad materialista y pagana. Los efectos del Concilio Vaticano II se han dejado sentir produciendo algunas floraciones de iniciativas cristianas o de movimientos de renovación.

Pero, Pablo VI lo sabe; es la juventud de hoy quien corre más peligro de enviciarse y sucumbir arrastrada por el ejemplo de los mayores. Entonces, su palabra y su mensaje se vuelven insistentes. Es a los jóvenes a quienes hay que advertir de los peligros que corren. Es importante no callar, y usar de todos los medios de comunicación social para llegar hasta ellos. Recordar a padres y educadores la gran misión que deben desarrollar. Llegar a formar una conciencia en cada joven de lo valioso que es su vida; lo hermoso de la vocación a la que Dios les invita. Que importa mucho, que su cristianismo sea auténtico y expresado con valentía.

El rostro de los jóvenes aparece y vuelve a reaparecer. Allí están en la audiencia general del miércoles. Son de variados movimientos juveniles. Vienen de Europa, de Africa o de América. Allí están en la noticia de los periódicos que hablan de hechos de violencia o los que exaltan algún gesto heroico de alguno de ellos. El rostro de los jóvenes se refleja en las estrellas o se esparce por las flores de los jardines del Vaticano. Esperanza y alegría.

Un día son los ciegos. Otro los inválidos y enfermos quienes han venido en peregrinación. Su preocupación penetra en las cárceles, en el dolor y la pobreza. Siente que como Pastor es, sobre todo, Padre. Sus hijos son los

jóvenes de todo el mundo, por eso, se preocupa de su felicidad y porvenir.

Hoy, 4 de enero de 1976, son 9.000 estudiantes de diversas regiones los que han llegado hasta el Santo Padre. Como ellos, hay en el mundo entero una parte sana de la juventud que pide a sus padres y educadores una palabra. Poder hablar con ellos de sus cosas y de sus problemas. Es a esa parte de la juventud a quien Pablo VI se dirige:

“Pienso en la vida de un joven con sus problemas, con sus preguntas, con su entusiasmo, con sus impulsos y sus depresiones, con sus crisis. ¿Quién conoce el corazón humano? Dios sí; solamente El. Vosotros habéis venido para poner vuestro corazón a la luz transparente de Dios; para sumergirlo en su gracia que nos transforma interiormente porque es comunicación de su misma vida divina y nos hace realmente —¡fijaos qué gran cosa!—, “participes de la vida divina” (2 Pe. 1,4); divinae consortes naturae. Es una frase latina, fácil e importante, que quisiera que llevaréis esculpida en vuestro corazón como recuerdo de esta peregrinación jubilar.

Y entonces, si es de esta naturaleza y resulta así de grande la dignidad del hombre, tenemos que esforzarnos también en que resplandezca siempre ante nuestros ojos y ante los de los demás; tenemos que esforzarnos por que no disminuya, no se oscurezca, o Dios no lo quiera, no se apague por el pecado, elemento de división y de fealdad en la armoniosa belleza de nuestro ser de personas, creadas a imagen de Dios y redimidas por Cristo, nuestro hermano” (1).

(1) Discurso del 10 de diciembre 1976. O.R. Año VIII. N. 1, 1976, p. 10.

II. Renovación radical

Una ola de violencia sacude la paz del mundo. Los movimientos de protesta hace muchos años que han entrado a formar parte de la escena político mundial. En ellos, los jóvenes son protagonistas.

Las motivaciones son confusas y, muchas veces, la muerte del secuestrado es justificada por la lucha de posiciones antagónicas, donde lo único que se obtiene es la exacerbación de los odios y de las venganzas.

Las marchas estudiantiles, denunciaban segregaciones raciales o invasiones injustas, han dejado paso al secuestro de aviones y a una carrera loca; donde las bombas de tiempo explotan en estaciones de ferrocarriles, en lugares céntricos de ciudades populares o en el auto de uno de esos tantos que hoy están amenazados de muerte.

¡No, no puede ser, que la sociedad envenene a la juventud!

¡No puede ser, que los constructores del mañana sean sus destructores!

El Papa se identifica con los jóvenes que luchan por algo mejor. Se identifica con ellos, y desde este punto de vista, critica a la sociedad moderna, como un mundo

sin principios, donde, el interés económico ha ocupado el sitio de la grandeza moral. Donde el hedonismo, filosofía egoísta que proclama como supremo fin de la vida el placer sensible; la satisfacción sexual, ha desnaturalizado el auténtico amor.

Donde el comercio de las drogas, de los estupefacientes, la pornografía y la prostitución de menores amenazan con la corrupción y la destrucción de los que son la esperanza del mundo del mañana.

Pero, también sabe que existen jóvenes con ideales nobles. Juventud que siente su vida comprometida con los auténticos valores del hombre. Por eso, al mediodía de este domingo, les dirige a ellos su mensaje.

No sólo a los que están allí presente. Radio Vaticano y la prensa del mundo entero la difundirán y entregarán a cada joven. También a ti.

“Me parece ver a una gran muchedumbre de gente humillada, desconfiada, indiferente y casi resignada al pesimismo moral y social de un mundo sin principios superiores y tonificantes.

Todo esto explica que la juventud, que cierta juventud, se abandone a acciones alocadas y audaces, antisociales y antihistóricas; busca ideales fuertes y elevados y no los encuentra en la pedagogía agnóstica del pensamiento contemporáneo; por ello se ha entregado a los sucedáneos de las veleidades subversivas. El riesgo ha sustituido al heroísmo; el éxito ha sido valorado como victoria; el interés económico ha ocupado el sitio de la grandeza moral; el hedonismo de la pasión y del placer ha desnaturalizado el amor; una teórica fórmula cualquiera de moda se ha arrogado la función de la verdad y de la

dignidad de la fe. De esta forma el amor social se ha ido esfumando y degradando.

¡Jóvenes! ¿No sentís cómo en contraposición a la desorientación de esta hora decadente y amenazadora, nace en vuestro espíritu una poderosa e imperiosa, pero sencilla y alegre invitación a la bondad, a la amistad, a la honestidad y a la fe? De vosotros puede llegar el renacimiento mental y moral de nuestro pueblo. A vosotros lo pido para él, y en nombre de Cristo lo prometemos" (2).

(2) Alocución dominical del 11 de agosto 1974. O.R. Año VI, N. 33, 1974, p. 2.

III. Actitud de búsqueda

La sinceridad es un requisito importante en la actitud de un padre que busca dialogar con sus hijos.

Pablo VI continúa reflexionando en ese signo de los tiempos: la juventud de hoy. Con todas sus manifestaciones explosivas, sus valores y actitudes negativas.

Hay algo que se le debe decir con toda franqueza. Este mensaje simple pone de relieve la autenticidad, como una característica fundamental en todo joven que quiera ser tal. Por lo mismo, se le debe hacer ver claramente todas aquellas contradicciones y falsedades en que pueden caer.

La juventud que ama el Papa no es una juventud pasiva, ni conformista; sino una juventud que abra nuevos caminos; que tenga una actitud de búsqueda y sepa cuestionarse a sí misma. Que sea capaz de buscar, cada día, la justicia y la verdad.

No puede ser que un joven caiga en esa actitud tan falsa, como es la de protestar contra la sociedad actual, contra sus propios padres, mientras, al mismo tiempo, quiere aprovecharse al máximo de ellos. Exige que le den todo hecho.

El Santo Padre, esta vez, ha recibido en la Basílica de San Pedro, a un movimiento apostólico llamado "Generación Nueva". Haciendo un juego de palabras los invita a construir un mundo más justo y mejor. Tiene ocasión para dirigirse a jóvenes cristianos comprometidos y, por esto, les subraya la importancia que su juventud se juegue por una opción liberadora. Esto debe ser fruto de una elección de vida: CRISTO.

"Buscar es propio de la juventud. Apenas se proyecta la mirada de la conciencia sobre el escenario del mundo que nos rodea, se despierta una inquietud en el ánimo de la juventud: quiere conocer y, sobre todo, probar: quiere intentar.

Pero, ¿buscar qué? ¡Buscar, buscar!

Se trata de una elección ineludible, que puede decidir vuestro destino.

¿Buscar qué? Vosotros, jóvenes de nuestro tiempo, tenéis ya una respuesta negativa, y casi rebelde, en vuestro corazón, y decís: ¡no queremos un mundo como el que se presenta ante nosotros! Fenómeno extraño: el mundo que os ofrece los frutos más hermosos, más acabados, más placenteros de la civilización contemporánea no os satisface, no os gusta, a pesar de que, con un indiferente desparpajo os aprovecháis de las conquistas, de las comodidades, de las maravillas que el progreso moderno pone a vuestra disposición. Sin embargo, un sentido de crítica de contestación, y hasta de náuseas detiene vuestra búsqueda en esta dirección. Es una dirección que os conduce fuera de vosotros mismos, una alienación, porque, en el fondo, es una dirección materialista, hedonista,

egoísta. No satisface realmente el alma; no resuelve realmente los problemas esenciales y personales de la vida. Sobre esta concepción de nuestra existencia, concepción que hoy día predomina con frecuencia como filosofía de la opinión pública, gravita una pregunta terrible, como una espada de Damocles: "¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?" (Mt. 16, 20). Es la pregunta de Cristo, que no desprecia los bienes de esta tierra, tan bella, rica y fecunda; sino que les da su justo valor, un valor inferior al de la auténtica vida, hacia el cual se dirige vuestra elección. ¿Cuál y a dónde?"

"Vosotros habéis hecho otra elección".

Una elección ante todo, liberadora. Liberadora del conformismo pasivo, que guía a una buena parte de la juventud de nuestro tiempo; conformismo ante el dominio del criterio de los demás, ante las corrientes de moda de la cultura y de las costumbres, ante el mimetismo de las masas.

¿Cuántos jóvenes creen ser libres porque se han liberado de las costumbres y de la autoridad de la vida familiar, sin darse cuenta de que caen en la cadena de la sujeción al arbitrio de un grupo, de una corriente social, de una rebelión colectiva?

En el fondo de vuestra sicología figura un acto personal y soberano de libre determinación. Esta es la primera razón de vuestra novedad, de vuestra fuerza, de vuestra alegría.

Pero, ¿qué determinación? La de elegir a Cristo.

Cómo habéis podido elegir a Cristo como inspirador de vuestra existencia: ¡Oh! Este es vuestro secreto, ésta es vuestra historia individual, éste es ciertamente el re-

sultado de un encuentro en el que vuestra voluntad y vuestro instinto vital se ha encontrado con Uno, no solamente más fuerte que vosotros, sino con Uno que inmediatamente se ha revelado con un secreto encanto de belleza, de bondad, de cercanía, de coloquio, al que había que rendirse necesariamente como ante un encanto de irresistible verdad y de incomparable felicidad" (3).

(3) Homilía del Papa a los Jóvenes del 2 de mayo de 1975. O.R. Año VII, N. 10, 1975, p. 1.

IV. Un camino llamado juventud

Las peregrinaciones se suceden. Los jóvenes de diversos países llegan a Roma a saludar al Papa. Son los hijos que van a la casa del padre.

Un día, al despertarse, mira el periódico y sus ojos se fijan en la fotografía de un grupo de jóvenes que llevando por turno una pesada cruz han recorrido 400 kilómetros. Su corazón se conmueve ante este signo de la nueva generación que se coloca a la vanguardia de la esperanza y de la renovación. Recuerda las palabras de Cristo: *“Venid a mí todos” (Mt. 11, 28)*.

Es el pueblo de Dios en marcha.

Es la multitud de todos los jóvenes que vuelven sus ojos hacia Roma.

Son muchedumbres, formando caminos, que recorren el mundo uniendo a todos los hombres.

Son manos que se estrechan y forman una cadena de solidaridad hacia los pobres y necesitados.

Los jóvenes se le imaginan, en sus anhelos apostólicos, como una gran marcha que va hacia Cristo. Una peregrinación, en la cual, él mismo quiere participar como un hermano mayor.

Qué joven, al leer el mensaje que a continuación reproducimos, no sentirá muy cerca de sí al Papa de Roma; junto a sus problemas, a sus dudas e ideales hablándoles con entera confianza. Tan evidente es ésto, que Pablo VI no se presenta con otro título que el de “viejo amigo” y el de “hermano ya entrado en años”.

“Pienso y amo a estos jóvenes, cercanos en cierto modo a todos nosotros, y los vemos avanzar en tropel, como una ola incontenible y avasalladora. Es la nueva generación, que sube, se realiza y toma conciencia de sí misma, convirtiéndose en juez de la generación que le ha precedido y formado. Con mucho gusto la acogemos y con mucho gusto ofrecemos a esta juventud el puesto y el camino que le está reservado en los tiempos actuales.

¡Bienvenidos, jóvenes!

Leo en vuestros queridos rostros juveniles dos expresiones contrarias. Dejad que yo, viejo amigo de los jóvenes, os hable con confianza. Veo en vosotros una expresión de grandes energías, una ansia de vida y de conquistas, una necesidad de certeza y plenitud: vuestra apertura a la vida, efectivamente, es voluntad, es amor. Pero veo también otra expresión: de incertidumbre, escepticismo, desilusión: ¿por qué vivir?, ¿para quién vivir?, ¿hacia qué valores, hacia qué ideales dirigir esta energía, este impulso de vida?, ¿dónde colocar el amor?

Comprendo el tormento de vuestro espíritu, que ahora se abre a la conciencia de sí mismo y del mundo que le rodea. Comprendo también la carencia que hoy hace sufrir a la juventud: el hambre intensa de razones superiores que guíen y aligeren el camino de la vida. Estáis cansados de la decadencia moderna, de la vanidad de las

razones que se ofrecen a vuestra actividad, de la vaciedad del hedonismo que quiere suplantar en vosotros la fuerza, la belleza, el amor, la verdadera felicidad. La indiferencia agnóstica del pensamiento actual, el pesimismo crítico del que estáis imbuidos, la concepción materialista del progreso social, no son suficientes, como bien intuíis, para vuestro espíritu, abierto a horizontes muy distintos de verdad y de vida. Vosotros, jóvenes, sufrís y quizás en el silencio de vuestro corazón lloráis.

Como hermano entrado ya en años, quiero daros una mano. En este recodo de vuestra vida quiero deciros con seguridad que el camino es por aquí, que el camino es Cristo (4).

(4) Alocución dominical del 7 de julio, 1974. O.R. Año VI, N. 28, 1974, p. 1.

V. Heraldos de Cristo

El llamado del “Año Santo” hacía un año que se había hecho sentir en el mundo entero. Era una invitación a la renovación, a la reconciliación.

Su Santidad, Pablo VI habló continuamente sobre la necesidad de un cristianismo capaz de renunciaciones y sacrificios. De tomar en serio el Bautismo; el valor sagrado de la vida y renacimiento espiritual del hombre a través del bautismo. De no dejarse dominar por el comodismo y el egoísmo.

Esa tarde se encontraba preparando su alocución para el Domingo de Ramos. Semana Santa 1976. Sentado en su escritorio reflexionaba sobre el Evangelio de esa festividad litúrgica. Nuevamente se le aparece la imagen de los jóvenes. Están ahí, en el Evangelio. Son ellos, quienes desafiando a los adultos, al institucionalismo vendido, a los cobardes, proclaman en esa entrada de Cristo a Jerusalén que él es el Mesías.

Recuerda a aquellos jóvenes que había conocido siendo asesor nacional de los estudiantes católicos de Italia, en la Universidad de Roma, en la de Milán. Los que habían sido sus colaboradores en la Pastoral Universitaria.

Todos los que a lo largo de su vida había conocido personalmente.

Sí, aún había en el mundo jóvenes valiosos y a ellos había que apoyar; no dejarlos solos. Ayudarlos. Decirles que la Iglesia estaba junto a ellos y los consideraba: Heraldos de Cristo.

“Hermanos, jóvenes en particular, pensad bien lo que vamos a decir.

Esta celebración referente a la proclamación de Jesús como Mesías, de Jesús, el Cristo, de Jesús, Salvador nuestro, afecta también a nuestro destino, a nuestra elección primera.

Reflexionar sobre el episodio decisivo que estamos celebrando: Jesús reconocido por el pueblo y al mismo tiempo perseguido, y después hecho matar por los jefes del mismo pueblo, quienes no quisieron aceptarlo y prestarle fe, ni siquiera después de la resurrección de Lázaro, ni siquiera después de su ingreso triunfal y humilde como Mesías en Jerusalén.

Recordáis las palabras proféticas pronunciadas por el piadoso anciano Simeón, cuando Jesús Niño fue presentado en el templo: ¿será “signo de contradicción”? (Lc. 2, 34). Sí, signo de contradicción: en torno a él habrá una lucha: los hombres se dividirán y se opondrán entre sí. Esta lucha se perpetuará en los siglos.

¡Oh! Es éste uno de los misterios más difíciles y más dolorosos de la historia humana: la unidad en torno a Cristo, centro, polo, salvador de la humanidad, no será espontánea ni fácil. El será blanco de feroz y dura oposición, por una parte; y no obstante será punto de fidelísima convergencia, por otra.

Ahora bien, mirad: ¿quién tuvo, aquel día fatídico, la intuición de que Jesús de Nazaret, el Maestro extraordinariamente sabio, milagroso y misericordioso, peregrino y predicador por Palestina, era el Mesías en persona, el Hijo de David, el Salvador esperado y prometido? El pueblo; y entre el pueblo los más entusiastas y activos fueron los jóvenes.

Los jóvenes fueron los heraldos del Mesías. Ellos fueron los que adivinaron. Ellos se comprometieron, con signos de audacia, de felicidad y de alegría.

Los jóvenes comprendieron que aquella era la hora de Dios, la hora suspirada y bendita de la llegada del Mesías; y fue entonces cuando, agitando ramas de árbol, ramos de olivo y palmas, así lo creemos, proclamaron a Jesús, Maestro, Mesías, Cristo, Príncipe de la Paz. (cf. Is. 9, 6); fue su primer triunfo, popular, e incontenible (cf. Lc. 19, 39-40).

¿Cuáles son las voces más calificadas para anunciar al mundo este venturoso mensaje? Son las del pueblo de Dios, son las vuestra, jóvenes que os habéis reunido para participar en este rito maravilloso y misterioso.

A vosotros, hijos de esta generación histórica, os corresponde hoy ser el eco de las aclamaciones a Jesús, reconocido como Cristo, como Salvador y Señor.

Por una feliz y secreta madurez de los tiempos, son hoy los jóvenes grupos, privilegiados de jóvenes, los que intuyen, los que comprenden que aquel Jesús del Evangelio es precisamente el que inaugura y abre con todo derecho el reino de la salvación" (5).

(5) Homilía del Papa en la Misa del Domingo de Ramos, 11 de abril 1976. O.R. Año VII, N. 16, 1976, p. 12.

El apostolado de los jóvenes por los jóvenes es un tema que vuelve a ser ratificado en las palabras que el Santo Padre dirige a los diversos grupos.

En el jubileo, especialmente dedicado a la juventud, aborda el tema de la vocación para decirles que deben ser apóstoles de sus amigos. Que realicen el hermoso mandato de regenerar espiritualmente la sociedad moderna.

“Sabéis bien que no se puede ser cristiano sólo de nombre, y que no es suficiente decir que se posee la fe en la propia conciencia individual: la fe, de hecho, es también comunión, es decir, comunicación e irradiación, y que exige por tanto un serio empeño para participar de ella y difundirla. Vosotros debéis ser apóstoles de la fe creciendo en el amor a la Iglesia, educándoos en un profundo espíritu misionero, demostrando interés e inquietud por los de vuestra edad que encontráis en las relaciones de la vida diaria.

Siguiendo a Jesús, que recogía en torno a Sí a los pequeños y los estrechaba con singular predilección a su Corazón divino (cf. Mt. 18,2-6,10; 19, 13-15; Mc. 9, 36-37; 10, 13,16; Lc. 9, 47-48; 18, 15-17), la Iglesia os llama y os mira con serena confianza, a la vez que recibe fuerza y esperanza de vuestra vitalidad y de vuestro fervor. Esto precisamente quiero afirmar ahora delante de vosotros. Sed, pues, hijos fieles de la Iglesia y ayudadla en su esfuerzo para la evangelización del mundo, contribuid con ella a cumplir el inmenso mandato de regeneración espiritual de la sociedad moderna” (6).

(6) Discurso en la Audiencia del 30 de octubre de 1975 a 10.000 niños. O.R. Año VII, N. 45, 1975, p. 10.

VI. Descubrir con entusiasmo y alegría los grandes ideales

La alegría de la juventud con sus canciones y sus risas. Su amor al deporte y a las excursiones contagian el ánimo del Pontífice.

Al iniciar el período de las vacaciones de verano no pierde ocasión de hablarles con este motivo. Participando de la alegría de sus cantos, gritos y banderas, les dice jubiloso:

“Vivan las vacaciones libres de otros compromisos, pero ocupados en explorar los secretos de la propia vida” (7).

El tema de las vacaciones le da ocasión para hablar de la alegría auténtica. De esa alegría que se expresa en el mar, en las montañas, en la naturaleza hacia donde los jóvenes gustan de ir.

Ante su mente desfilan los que con su mochila a la espalda, caminan por entre valles y quebradas para instalar un campamento en la montaña; los que en torno

(7) Encuentro dominical del 13 de julio de 1975. O.R. Año VII, N. 29, 1975, p. 1.

a una fogata cantan en coro acompañados por sus guitarras; los que ágiles se entrenan en el estadio, en las varias manifestaciones del atletismo.

Ese vigor y esa energía la asocia a algo que constituye la razón misma de su vida: la Iglesia.

“La Iglesia regenerada por el Espíritu Santo constituye en cierto sentido la verdadera juventud del mundo. ¿Cómo no se va a reconocer ella espontáneamente, y con preferencia, en la figura de quien se siente portadora de la vida y de la esperanza. Encargada de asegurar el futuro de la historia presente?” (8).

Por otra parte, el secreto que quisiera comunicar, es hacer entender a cada joven esa Gracia, esa renovación interior permanente de la Iglesia por la cual ella permanece en una eterna juventud. El secreto de una alegría cabal y de esa juventud que no está circunscrita a los años.

Por esto, quiere que conozcan la Iglesia, la auténtica Iglesia de Cristo. Que la amen intensamente y que se identifiquen con ella.

“Recíprocamente, como todos aquellos que en cada período de esta historia, perciben en sí mismas con más intensidad el impulso de la vida, la espera de lo que va a venir, la exigencia de verdadera renovación no van a estar secretamente en armonía con

(8) Exhortación Apostólica sobre la Alegría Cristiana del 9 de mayo 1975. O.R. Año VII, N. 21, 1975, p. 6.

una Iglesia animada por el Espíritu de Cristo. ¿Cómo no van a esperar de ella la comunicación de su secreto de permanente juventud, y por lo tanto, la alegría de su propia juventud?" (9).

Las campanas de San Pedro redoblan con sones festivos y esparcen sus notas de alegría por las colinas romanas.

Es mediodía y el anuncio de la oración del Angelus congrega a miles de feligreses. Allá, en lo alto, aparece la figura blanca de Su Santidad Pablo VI.

En la Plaza de San Pedro los peregrinos: frentes arrugadas, rostros preocupados, un sentido vago de angustia y tristeza en todos los corazones. Es el hombre de hoy agobiado por las preocupaciones, amenazado por su propia civilización.

El Papa aparece sonriendo. Su Fe es confianza en Cristo que le ha prometido que las puertas del mal no prevalecerán sobre la Iglesia. Por esto, dirige su mirada con confianza hacia esa porción suya predilecta que son los jóvenes.

En aquella mañana del 9 de mayo a través de los parlantes, va haciendo llegar palabra tras palabra el más hermoso y cristiano himno a la alegría. Está dirigido especialmente a los jóvenes. Es una invitación a vivir en profundidad la auténtica alegría.

En silencio. En profundo silencio todos escuchan sus palabras.

(9) Ibid.

“Os invito con insistencia a levantar vuestros ojos, vuestro corazón, vuestras energías nuevas hacia lo alto, a aceptar el esfuerzo de las ascensiones del alma, quiero aseguraros una cosa: puede ser tan debilitante el prejuicio, hoy día tan difundido, de la impotencia en que se veía el espíritu humano, de encontrar la verdad permanente y vivificante, como profunda y liberadora la alegría de la verdad divina reconocida finalmente en la Iglesia: Gaudium de Veritate (61). Esta alegría os es propuesta a vosotros. Ella se ofrece a quien la ama lo suficiente como para buscarla con obstinación. Disponiéndooos a aceptarla y a comunicarla, aseguraráis al mismo tiempo vuestro propio perfeccionamiento según Cristo, y la próxima etapa histórica del pueblo de Dios” (10).

(10) Ibid.

VII. Con nuestra Bendición Apostólica

Las aguas del Tiber han reflejado la cúpula de San Pedro y continúan su curso. Van camino del mar, del horizonte amplio e infinito.

Atardece, y en el crepúsculo que enrojece el firmamento, en dirección del Puerto de Ostia, se oye el eco de las campanas de la Basílica a las que hacen coro las de todas las iglesias y campaniles romanos.

El Papa Pablo VI que ha viajado a Tierra Santa, a Colombia, a la O.N.U. ahora quiere ir al encuentro de todos los jóvenes del mundo.

Conectamos Vía Satélite.

Directamente desde Roma.

Adelante:

“Todos nosotros os seguimos con enorme simpatía, con inmensa esperanza: el porvenir de la Iglesia y del mundo está en vuestras manos.

¡Preparaos a una misión tan alta!

No os degradéis jamás con compromisos viles, con la mentalidad corriente del mundo, con frecuencia

torpe y vergonzosa. ¡Guardad alto e inmaculado el ideal que os arde en el corazón! Sed siempre ejemplo de bondad y de altruismo” (11).

Luego viene la bendición.

Bendecir es extender la mano para llegar junto a cada joven.

Bendecir es salir al encuentro de ese manojito de manos juveniles que se extiende para saludar al Padre de la juventud, al Vicario de Cristo.

Su bendición se extiende, tanto como sus anhelos, hasta abrazar a los jóvenes de todos los continentes, razas y niveles sociales.

“Queridísimos jóvenes con un gran abrazo a todos os bendigo, junto con vuestros obispos, vuestros padres y educadores. El Señor os acompañe siempre con su gracia. En prenda de la cual os imparto mi bendición apostólica”.

La multitud de jóvenes se alejan como torrentes plenos de vigor y de vida. Risas, cantos, carteles con slogans. A lo lejos se pierde una canción entre música de bandas e instrumentos folklóricos:

“Juventud gallarda y fiera
alza a los cielos tu cantar
pues la patria y el altar
en ti se miran, juventud.

(11) Discurso del 10 de diciembre 1975. O.R. Año VIII, N. 1, 1976, p. 10.

Somos grandes porque jóvenes
nos pertenece el porvenir...”

En el silencio de su Capilla privada, un anciano con corazón joven ruega a Cristo por la juventud... “os bendigo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Amén”.

BIOGRAFIA DE SU SANTIDAD EL PAPA PABLO VI

Desde el momento de Su elección, Su Santidad el Papa Pablo VI, conocido en el mundo entero como protector del Amor, de la Caridad y de la Paz, no hace más que esforzarse grandemente por realizar los nobles ideales de la humanidad. Juan Bautista Montini futuro Papa Pablo VI, nació en Concesio, uno de los pueblos de Brescia, ciudad de la Italia del norte, el 26 de septiembre de 1897. Su padre Jorge Montini, abogado prestigioso, administró durante treinta años el diario "Cittadino di Brescia". Fue dos veces diputado. Su hermano mayor, Luis, fue igualmente hombre político y su hermano menor, Francisco, cursó la medicina. El joven Juan, después de haber terminado sus estudios secundarios en el colegio de "Cesare Amici" comenzó la teología el 1917 en el Seminario de Brescia. Y tras cursar por breve tiempo el derecho fue a la Gregoriana, Universidad Pontificia de Roma, a continuar sus estudios superiores, terminándolos con la licenciatura en letras y filosofía. Ansioso siempre, atento y laborioso, trabajó personalmente en los estudios literarios, y en la historia latina y griega. Además del latín aprendió el francés, el inglés y el español.

En el 1923, Juan Bautista Montini fue enviado a Varsovia como representante de la Santa Sede, y en 1924 se le dio un

puesto en la Secretaría de Asuntos Exteriores del Vaticano. Era al mismo tiempo uno de los miembros más activos de algunas organizaciones de estudiantes. En 1937 se dedicó enteramente al Vaticano. En el 1939 era uno de los primeros consejeros de Su Santidad el Papa Pío XII. Fue elegido Arzobispo de Milán el 3 de noviembre de 1954; el 1958 se le nombró Cardenal. Fue elegido Papa el 21 de junio de 1963, sucediendo a Su Santidad el Papa Juan XXIII.

Pablo VI, prescindiendo de la secular tradición, visitó Jerusalén, del 4 al 6 de enero de 1964. Más tarde emprendió un largo viaje, llegando a Bombay el 2 de enero de 1965, y con ello llegó a ser el primer Papa en visitar Extremo Oriente. Después, el 4 de octubre de 1965 fue a los Estados Unidos de América para hablar sobre la Paz en la O.N.U. Hizo un corto viaje a Portugal el 13 de mayo de 1967 para visitar Fátima. Con motivo de la segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana, visitó Colombia en el año 1968. En fin, en nombre de la Paz y del Bienestar de la Humanidad, visitó Turquía, cuna de tanta cultura y civilización, que le acogió entusiasta. Visitó las dos ciudades importantes, convirtiéndose en peregrino de Efeso.

(Del folleto "La Visita", del Ministerio de Turismo y de Información de Turquía).

I N D I C E

	<u>Pág.</u>
Presentación	5
A través de una vida	7
I Una preocupación	9
II Renovación radical	12
III Actitud de búsqueda	15
IV Un camino llamado juventud	19
V Heraldos de Cristo	22
VI Descubrir con entusiasmo y alegría los grandes ideales	26
VII Con nuestra Bendición Apostólica	30
Biografía del Papa	33



“La fidelidad a Cristo y a su Iglesia es inseparable de la fidelidad a sus legítimos pastores”

(Episcopado Nacional)

